



Perfiles

EL HOMBRE QUE MURIO SOLO

*María Eugenia García Cortés A.**

Leí que murió a consecuencia de las lesiones sufridas al ser atropellado por una camioneta de tintorería, en una calle prácticamente reservada para peatones. No tengo más detalles, no sé con exactitud cómo ocurrió el accidente. Parece que la camioneta venía muy rápido y Roland, muy distraído. . .

Roland Barthes era un hombre muy tranquilo, mesurado. Le gustaba caminar lentamente, pasear, detenerse a observar la vida, vivirla a otro ritmo. Por eso era cada vez más grande su desamparo por nuestra civilización de máquinas veloces, de ruido, de contaminación.

Le gustaba pintar durante el verano en su casa de campo y disfrutar de los olores de la tarde que entraba por la ventana de su recámara. Amaba la música, la literatura, la historia, pero también estaba pendiente de las transformaciones sociales que lo rodeaban. La amplitud de su curiosidad intelectual, rara en nuestros días, lo llevaba a indagar el origen y el por qué de las cosas, a la erudición de la que nunca se vanagloriaba, a la meditación, a la humildad. Le agradaban los viajes y le complacía encontrar otros horizontes, entre ellos el del Japón, cuyas tradiciones y peculiar escritura deleitaban a un hombre como Roland Barthes.

Su actitud ante la vida era casi Zen: imposible no asumir la serenidad de su voz, su tono ponderado, la amabilidad de sus gestos y ademanes, la gentileza de su trato. No es que fuera un nostálgico del pasado, un "reaccionario"; simplemente buscaba, añoraba una relación con el mundo. . .

También disfrutaba del sol de Marruecos, de su gente, del barullo de sus mercados. Una tarde en que el cielo de Marruecos se cubrió de nubes negras —nos contó durante su cátedra sobre el "querer escribir" en el Colegio de Francia— se sintió turbado por una angustia que lo agobió y lo puso tan triste como ese cielo oscuro. Pero de repente, en ese momento se dio cuenta, sintió que había llegado a la mitad de su vida, *nel mezzo del cammin de nostra vita*,

* Miembro del taller de periodismo coordinado por Máximo Simpson.

como nos recordó que dijo Dante en "El infierno". (*Nel mezzo del cammin de nostra vita*: momento que nada tiene que ver con la edad real contada según la precisión del calendario, porque tal sentir, le sobrevino tres o cuatro años antes de su muerte, cerca de los setenta). Entonces, en ese momento, Barthes decidió que "quería escribir".

Sonreímos. El autor de una docena de libros sobre semiología, análisis literario, mitología, escritos de una manera que no se puede calificar menos que literaria, ¡quería escribir! Una novela, una obra de ficción, aclaró, como Proust o Flaubert, no porque pretendiera ser tan grande como ellos ("No tengo tal soberbia", nos dijo), sino porque los amaba infinitamente. Por eso aceptó esa cátedra, donde le evitaban —como manifestó en la *Lección Inaugural*— la penosa tarea de sancionar trabajos y adjudicar notas y podía, además, hacer partícipes a los otros de sus temores, sus reflexiones, sus descubrimientos sobre ese deseo de escribir.

Pero Roland Barthes no llegaba con las manos vacías; aparte de que nunca repetía sus cursos, detrás del tono informal, de la fluidez anecdótica, de la confesión personal había seis meses de trabajo, de preparación previa; seis meses de estudio, de observaciones, de reflexión, de investigación en libros, manuales, archivos, diccionarios, para llevarnos el dato correcto, la referencia adecuada, la etimología precisa. ¿De qué nos hablaba además de su deseo de escribir? De tantas cosas. Estructuró su curso alrededor de los haikús, esos versos japoneses endemoniadamente difíciles que exigían varios años y a veces toda la vida a los monjes budistas, "haikistas" por tradición. Nos decía que un haikú es como el concentrado de una novela de Proust, un perfume, la flor seca que expande su belleza al contacto con el agua; es un instante como la amarillenta fotografía de su madre que lo llevó a escribir *La chambre claire*, una reflexión "barthiana" sobre la fotografía. Nos hablaba también del mito del laberinto, de los paseos de Sthendal por su Italia adorada, de la casa de Proust, del cine japonés, de su portera.

De todo eso nos hablaba tanto a los que teníamos el privilegio de verlo en la primera sala cuando llegábamos al curso con una hora de anticipación, como a los que, por llegar puntualmente, debían conformarse con oírlo desde cualquiera de los otros dos salones atiborrados de profesores, literatos, artistas, estudiantes, burgueses del barrio 16, el más elegante de París. En el primer salón mucha gente permanecía de pie durante más de dos horas; algunos venían de provincia especialmente para oír cada sábado a Roland Barthes. Para mí, ese curso es uno de los más bellos recuerdos de Francia; nada más que oír a Roland Barthes me reconciliaba con lo gris, con lo frío, con lo inhóspito del invierno parisiense.

Me cuenta un amigo mío muy tímido, uno de los pocos alumnos de doctorado que tenía Barthes cuando aún dirigía tesis en la *Scole Pratique de Hautes Etudes*, que nunca se atrevió a visitarlo en el hospital cuando supo de su accidente; temía molestarlo, importunarlo, que fuera pesada su presencia a una celebridad como Roland Barthes, no obstante conocerlo y saber que para el maestro lo más importante era la relación de amistad, el afecto de sus alumnos. Después mi amigo se enteró por otro de los discípulos que Roland Barthes murió solo y muy triste porque casi nadie fue a verlo.

